

Defendiendo la naturaleza

¿Me ayudas?



2^a
EDICIÓN
Revisada



Andoni Díaz

Maltrato animal	57
Furtivos de noche, con rifles con silenciador	63
Introducción de animales y especies invasoras	67
Salvamento y ataque de dos jabalinas	71
Furtivos en el río e intentos de soborno	75
Vertidos y escombreras ilegales	83
Consecuencias de los tendidos eléctricos	89
Rapaces, muertas por disparo	91
Furtivismo de ciervos con lazos en el parque natural Gorbeia	95
Cadáveres de personas	99
Amenazas	101
Guardas rurales y furtivismo	107
Tala de árboles sin autorización	111
Denuncia a un bar por la venta de cangrejos señal	113
Furtivo con arco	117
Temporada de hongos y frutos silvestres	121
Venta de animales por internet	125
Furtivo con lazos y cepos, y sus consecuencias	129
Cursos de formación y personal de prácticas	135
Seguimiento de águila de Bonelli	137
Búsqueda de personas desaparecidas	141
Denuncias en batida en el parque natural Izki	147

Denuncia por cazar estando inhabilitado	151
Furtivismo de ciervos	155
Furtivismo con nieve	159
Caza de perdiz en época de cría (media veda)	163
Captura y salvamento de animales	167
Rescate y manipulación de fauna silvestre	171
Posible trata de blancas	173
Uso de herbicidas	177
Ahogamiento de animales en balsa y canales de regadío	179
Abandono de armas	181
Respetando los árboles viejos	185
Eliminación de ribazos y bandas boscosas	187
Cazar desde el vehículo	189
Caza con hurón	191
Furtivo con cabezas de ciervos	193
Quema de huesos de ganado	197
Furtivismo y falta de respeto hacia los animales	199
Abandono de despojos de animales abatidos	203
Huir y esconderse del guarda forestal	207
Cría de aves en cautividad	209
Quejas sobre mí, de algunas personas, a la hora de realizar mi labor como guarda forestal	211

Pesca ilegal de cangrejos y transporte en vivo de los mismos con fines lucrativos	215
Disfrutando con mi trabajo	219
Me encontré un tesoro: Zaunka	223
Denuncias en una reserva de caza	227
Marcaje de águila de Bonelli y pollo de águila real	231
Salvamento de renacuajos en una charca	233
Denuncia por cazar en un refugio de fauna	235
Veneno	241
Artes ilegales para la caza y la pesca	247
Lucha en defensa de varias especies	271
Defendiendo mi labor en el medio ambiente	283
Me siento acosado	289
Curiosidades	291
Agradecimientos	297

PRÓLOGO

Hoy, día 6 de febrero del 2019, comienzo a escribir este libro, un libro sobre mi experiencia laboral como guarda forestal en Medio Ambiente. Durante toda esta etapa laboral, como podréis leer más adelante, han sido muchas las experiencias que me han tocado vivir en el medio natural. A la hora de narrarlas he sido aconsejado por varias personas; la más especial de ellas es MIREN, mi gran amor, pareja, amiga y compañera, que ha estado junto a mí desde que teníamos catorce añitos hasta ahora, siempre apoyándome, tanto en los buenos como en los malos momentos. También han estado a mi lado con sus consejos y apoyo, siempre que lo he necesitado, mis dos princesitas: mis hijas Estitxu e Itziar.

En la actualidad me encuentro en uno de esos “momentos malos”, pues estoy en tratamiento para la ansiedad y para poder dormir, debido a presiones que estoy sufriendo en mi trabajo, ya que, como explicaré más adelante, he denunciado a la Diputación Foral de Álava, institución para la que trabajo como Guarda o Agente Forestal, y por este motivo he recibido amenazas de abrirme un expediente en dos ocasiones, así como presiones para que no realice bien mi labor.

En este libro voy a tocar muchos temas y a contar experiencias relacionadas con el Medio Ambiente. Algunas personas podrían sentirse ofendidas, pero quiero dejar claro que esa no es mi intención, y por ello pido perdón de antemano.

Omitiré también nombres de localidades o zonas para no descubrir a las personas que han formado parte de cada relato.

También he añadido fotografías. Casi todas están sacadas con mi teléfono móvil, por lo que quizás la calidad no sea demasiado buena. Estas imágenes, en color, junto a algunos vídeos, podéis verlas en los diferentes códigos QR que encabezan algunos de los capítulos. Mi objetivo ha sido hacer interactiva la lectura.

Sé que algunas de las imágenes pueden herir la sensibilidad de algunas personas, pero he querido mostrar la realidad tal y como es; a veces muy dura.

Me gustaría resaltar que tenemos que aprender a disfrutar y a respetar lo que nos regala la naturaleza: aire, suelo, seres vivos (animales, plantas) y mucho más. Todo esto es VIDA que tenemos que cuidar, no solo para nuestro disfrute sino también para el de las futuras generaciones.

Para mí, el trabajo de guarda forestal es mi gran hobby, ya que me permite estar todo el día en contacto con la Naturaleza, a la que estoy agradecido, pues cada día me enseña cosas nuevas.

Espero y deseo que disfrutéis con este libro, tanto como yo he disfrutado escribiéndolo y recordando todos esos momentos.

Todo lo que aquí cuento es, sencillamente, mi relación con el medio ambiente desde mi niñez hasta hoy, - tengo ya sesenta años-; así que, como podéis imaginar, son muchísimas las experiencias que he vivido, pero aquí solo contaré algunas de ellas.

Antes de seguir, quiero decir que, aunque actualmente trabajo como agente forestal en el Departamento de Medio Ambiente de la DFA (Diputación Foral de Álava), antes, durante muchos años, trabajé en el Departamento de Agricultura en el Servicio de Montes sección de Caza y Pesca.

En aquellos años me pusieron dos apodos: “EL LIBRETAS” y “EL JABALI”. El primero, porque siempre tenía

una libreta en el bolsillo, donde apuntaba los datos de las personas denunciadas o apercibidas; y el segundo, porque según algunas personas, a cualquier hora del día o de la noche, me encontraban en el monte.

Así es mi experiencia y así la quiero transmitir: **POR FAVOR, CUIDEMOS, RESPETEMOS Y AMEMOS TODO LO QUE NOS OFRECE LA NATURALEZA.** No me cansaré nunca de repetirlo; la estamos maltratando demasiado. Y ya es hora de que hagamos todo lo posible para curar sus heridas y evitar dañar más el medio ambiente, para que se recupere y siga dándonos tanta luz y alegría.



Quiero comentar que absolutamente todos los beneficios de la venta de este libro serán donados para proteger el medio ambiente y destinados a varias asociaciones que tanto ayudan a nuestros queridos e indefensos animales.

MI NIÑEZ Y ESTUDIOS

Nací el 11 de mayo del 1960, en Vitoria-Gasteiz, y viví toda mi infancia y mi juventud en el pueblo de Abetxuko que en la actualidad se ha convertido en un barrio de Vitoria.



Tuve una infancia muy bonita, pues estábamos todo el día en contacto con la naturaleza. Al salir del colegio, todos los amigos nos íbamos a Araka, que es una base militar que está al lado de Abetxuko. Junto a esta base, había un pinar y también un campo de futbol, muy malo, por cierto, porque además de ser de tierra, estaba en pendiente. Los días de niebla, si te tocaba de portero, no veías el campo contrario ni a los jugadores, y mucho menos el balón, que casi siempre era de goma, pues no teníamos de cuero y, cuando venían todos los jugadores hacia ti, saliendo

de la niebla y atacando tu portería... ¡qué locura! ¡no veías nada! Cuando soplabla el viento todavía era peor, ya que teníamos que suspender los partidos, pues el balón iba a donde el viento lo llevaba. ¡Qué partidazos aquellos!

Otros bonitos contactos con la naturaleza los vivimos en el Rio Zadorra. Algunos días, nos pasábamos tardes enteras nadando, pescando, navegando, jugando y... haciendo chabolas de madera en la orilla. Cuando por las lluvias, o por otras causas, subía el caudal produciendo inundaciones, nos destrozaban la chabola, pero enseguida hacíamos otra, un poquito más alejada de la orilla y en algún alto. La vida nos iba enseñando.

También llegamos a construir varias balsas de madera para navegar, pero casi todas terminaban volcando y hundidas, con todos los “marineros” en el agua. Las hacíamos atando troncos y forrándolos con plásticos, así que no eran nada seguras. Recuerdo una tarde que lo pasamos muy mal, porque casi se ahoga uno de los amigos.

El cura del pueblo, Don Vicente, en aquellos días iba por las casas a comer. Era una costumbre. Cada domingo, al terminar la misa, avisaba a qué casa iría a comer el domingo siguiente. Y entonces se comía en casa de maravilla, con pasteles y platos especiales que no se comían de costumbre.

En el rio Zadorra pescábamos loinas, con las que luego dábamos de comer a los gatos de casa. Nuestros aparejos eran: un palo, cuerda de pita, anzuelos y, como cebo, poníamos pan. Y en algunas ocasiones pescábamos cangrejos a mano, para las paellas de los domingos, ese día en el que Don Vicente venía a comer a casa. Entonces no teníamos ni idea de que estábamos pescando sin permiso y sin licencia de pesca.

Me acuerdo mucho del día en el que Miren, entonces mi novia, me regaló una caña de pescar y una bolsa de color verde con todos los aparejos de pesca, y, lo más importante: la licencia de pesca. Aquel regalo fue muy especial para mí, pues me enseñó que se podía pescar legalmente.

Como guarda forestal, cuando veo a los niños pescando sin licencia, les explico a ellos o a sus padres que se puede pescar legalmente estando en posesión de la licencia de pesca. Nunca he llegado a denunciar a los peques por estos hechos, pues yo también pasé por esa etapa, y reconozco que lo hacíamos sin malicia y sin tener conocimiento de la legislación en esta materia.

También usábamos el río Zadorra para colarnos sin pagar en las piscinas de Gamarra. Íbamos de Abetxuko a Gamarra andando. A la altura de Eskalmendi, nos quitábamos la ropa, la atábamos y la lanzamos a la otra orilla, que era donde estaban las piscinas. Luego cruzábamos a nado. A los que no sabían nadar, los ayudábamos entre todos con cuerdas y palos. Nunca vimos el peligro que teníamos al cruzar el río.

Como ya he comentado, mi relación con la naturaleza comenzó en mi niñez.

Una de las cosas de las que me arrepiento, y por lo que pido perdón, es que disparé alguna vez a algún gorrión con una carabina de aire comprimido que nos dejaba un amigo. Disparábamos a dianas o a palillos, pero, en alguna ocasión, nos animaba a disparar a los gorriones. Cuando vi aquellos pobres animalitos en mis manos y sin vida, me sentí muy triste y me prometí no volver a cometer NUNCA más aquella salvajada.

Al terminar la escuela primaria accedí, mediante un examen, al centro de Formación Profesional “Diocesanas”. Fue entonces cuando empecé a no querer estudiar. Por aquellos años, ya tenía amigos de la cuadrilla que trabajaban y tenían más dinero y libertad que los que estudiábamos; así que, cuando terminé el primer curso, opté por dejar los estudios y comenzar a trabajar. ¡Cómo me arrepiento de haber tomado aquella decisión! Como veréis más adelante, con treinta y tres años tuve que estudiar lo no que quise con dieciséis.

Un consejo que he dado, tanto a mis hijas como a hijos de amigos y a otros peques, es el de que hay que estudiar todo lo que se pueda, y en las edades más jóvenes, ya que, pasados ciertos

años para la gran mayoría de las personas, es más complicado retomar los estudios. Y lo digo por propia experiencia, ya que, cuando tuve que estudiar de mayor, me resultó bastante duro. Pero, claro, cuando era joven, quería trabajar y tener “dinerito” lo antes posible. Siempre me he arrepentido de dejar los estudios, eran otros tiempos, aunque ahora me doy cuenta de que estamos “estudiando” toda la vida.

En mi trabajo, la naturaleza y los animales se encargan de enseñarnos muchas cosas y muy bonitas. También tenemos que ponernos al día sobre leyes y normativas que luego tenemos que hacer cumplir para el bien de todos y en beneficio de la naturaleza, ya que, si no respetamos el medio ambiente y aprendemos a cuidarlo... “*desapareceremos*”.

MI PRIMER CONTACTO CON EL MUNDO LABORAL

Con quince años, entré a trabajar en el garaje Ayasa. Mi primer trabajo fue de recadista; todo lo hacía en una bicicleta de la empresa.

Estaba trabajando en aquel garaje cuando sucedieron los lamentables hechos del 3 de marzo de 1976, cuando cinco trabajadores murieron, y más de ciento cincuenta personas resultaron heridas, casi todos por balas disparadas por la policía al desalojar la iglesia de San Francisco de Asís del barrio de Zaramaga, donde se estaba celebrando una asamblea de trabajadores que estaban en huelga. En el interior de la iglesia, se encontraba Miren, mi novia y, cuando la policía empezó a lanzar los botes de gases lacrimógenos al interior de la iglesia y todos los asistentes a la asamblea se vieron obligados a salir, se encontraron con que en la calle los estaba esperando la policía, pegando con las porras y disparando fuego real. Miren recibió varios porrazos. Al día siguiente, se realizó una huelga general y el único de todo el garaje que salió a la huelga fui yo, los demás se quedaron trabajando con las puertas cerradas. Aquello me costó una buena bronca del jefe.

Mi sueldo era muy pequeño y en varias ocasiones pedí que me pasaran a aprender el oficio con los mecánicos, pero siempre

me decían que yo lavaba muchos coches y muy bien, que no me cambiaban de puesto y..., nada de subirme el sueldo; que ya ganaba bastante con las propinas.

Además, hubo varios problemas laborales y denuncié a la empresa. Me despidieron; pero gané el juicio y me dieron a escoger entre pedir una indemnización o el ingreso de nuevo en el garaje.

No me acuerdo de cuánto dinero era la indemnización, pero como yo era menor de edad, mi padre tomó la decisión de cobrar el dinero.

Empecé a trabajar con mi padre en el mantenimiento del colegio de monjas de Abetxuko. Era un trabajo por horas sin contrato; realizábamos todo tipo de labores: albañilería, electricidad, pintura, mantenimiento de la huerta, podas y tratamientos de los árboles frutales, plantación de árboles...

Yo tenía diecisiete años, veía que la mili estaba cerca y, como estaba totalmente enamorado de Miren, decidí irme voluntario a aquel obligado servicio militar; quería estar cerquita de mi novia y disfrutar junto a ella. Yendo de voluntario, a pesar de que el tiempo que tenía de mili era de seis meses más que si hubiera ido con mi reemplazo, podía quedarme en la base militar de Araka y así, estaría cerca de mi amor.

LINDA, MI COMPAÑERA EN LA MILI

Ingresé en el ejército con dieciocho años, y permanecí en él desde abril del 1979 hasta diciembre del 1980. Fueron unos meses muy duros.

El recuerdo más entrañable que tengo de aquella etapa es el de haber conocido a una perrita muy especial. Se trataba de una perra de más o menos un año de edad, de raza mestiza, de color negro; abandonada y muy flaca.

El día de nuestro primer encuentro, yo estaba de guardia en la garita y vi que andaba por el monte. La llamé y, aunque en un principio no se acercó, poco a poco, se arrimó a mí y le hice unas caricias; desde entonces surgió entre nosotros un lazo de amistad y cariño enorme; todos los compañeros que veían aquella relación estaban alucinados.

Le puse de nombre **“Linda”**. Cuando yo entraba de guardia, se venía al cuerpo de guardia y estaba todo el día allí, esperando a que yo saliera a la calle. Cuando me tocaba estar en la garita, que eran turnos de dos horas, ella siempre estaba conmigo. Cuando nos mandaban a *formar* a la compañía, Linda empezaba a buscarme entre los más de doscientos soldados y, cuando me encontraba, se sentaba junto a mis pies; aquello no les gustaba a ciertos mandos militares y, después de mandarme retirar a Linda de la formación, me echaban buenas broncas y me amenazaban con arrestos; sin embargo, otros mandos veían

aquella relación con agrado y dejaban que la perra estuviera a mi lado.

Un día que estaba de guardia en la garita y con Linda a mi lado, se presentaron dos compañeros sanitarios, que llevaban inyecciones y una orden de algún **mando militar sin corazón hacia los animales**. Tenían orden de matar a todos los perros que estuvieran por el cuartel. Les pedí que respetaran a Linda y, como ya sabían la relación que teníamos, me hicieron ese gran favor. Linda pasó varios días atada en la garita y escondida en el monte donde, entre varios compañeros, le hicimos un refugio y le llevábamos agua y comida.

Cuando pasó el peligro, la dejamos libre y volvió a ser tan feliz como antes. Éramos inseparables. Cuando yo me iba de permiso, mis compañeros se encargaban de ella y, cuando regresaba, los compañeros me comentaban que Linda pasaba días muy tristes y que se escapaba del cuartel, tardando varios días en volver por la zona, para ir a buscarme, y, al no encontrarme, se tumbaba cerca de la compañía o en el edificio de la guardia, como esperando.

Cuando yo regresaba, la alegría de Linda... ¡es imposible de explicar!; se la veía totalmente feliz. Los días que me tocaba guardia y pasaba horas enteras, solo en la garita de día y de noche, Linda siempre se quedaba a mi lado y me avisaba de cualquier movimiento.

Llegó el día en que me tenía que licenciar, y yo estaba muy feliz, pero en la perrita veíamos algo extraño. Los compañeros que se quedaron me dijeron que se encargarían de cuidarla y darle mucho cariño. Para mí fue muy dura la despedida de Linda, como duro está siendo escribir esta historia: ahora mismo estoy llorando y con el corazón muy triste por los recuerdos.

Después de licenciarme, fui a visitar a los compañeros y a ver a Linda, y ella se volvía loca de contenta. Quise llevármela a casa, pero mis padres no me dejaron, pues ya teníamos otro perro.

Los compañeros me contaron que Linda había cambiado mucho, también que se la notaba muy triste y..., un día desapareció y nunca más volvimos a saber nada de ella.

He tenido varios perros más, pero con Linda hubo algo tan especial que es muy difícil de explicar. Los compañeros de mí estaban alucinados de nuestra relación. Recuerdo que un compañero que tenía mucha experiencia con perros me comentó que nunca había visto un vínculo tan grande entre un perro y un humano.

Es una pena no tener ninguna fotografía de Linda para ponerla aquí, pero yo la llevaré siempre en mi corazón.

PRIMEROS TRABAJOS FORESTALES

Después de la mili, encontré trabajo en la construcción y, posteriormente, en una fábrica de muebles, pero la fábrica cerró y me volví a la construcción.

Cuando tenía veintidós años, se presentó en mi casa un primo de mi padre que era socio y gerente de una empresa, “ONAMENDI”, que realizaba trabajos forestales, tanto para particulares como para la Diputación Foral de Álava, y nos comentó que estaba buscando cinco personas para trabajar en el vivero de montes de Diputación, para la campaña de plantaciones forestales.

Acepté aquella oferta porque, aunque iba a cobrar menos dinero, me gustaba la idea. Cuando se terminó el trabajo en el vivero, pasé a formar parte de la cuadrilla forestal. Hacíamos trabajos muy duros, como la tala de árboles, cierres de montes, plantaciones, desbroces de montes, pelar árboles para postes de telefonía, cubicación de maderas y montes, tratamiento y control de plagas forestales, limpiezas de ríos, repoblaciones piscícolas, hacer apeas y recogerlas, extinción de incendios forestales y un montón de cosas más. Todo el día andábamos con motosierras, desbrozadoras, hachas, azadas, mochilas para tratamientos, “batefuegos”, mangueras...

Me gustaba aquel trabajo y disfrutaba mucho. La mayoría de los días llegaba a casa muy cansado, con ampollas en las manos

y los brazos dormidos de tanto cargar apeas y tanto usar las hachas.

No nos pagaban la comida, teníamos que llevarla de casa. No eran muy buenas condiciones, ya que, si hacía bueno comíamos en el suelo, pero si llovía o nevaba, nos tocaba comer a todos en el interior de los “todoterrenos”, muertos de frío.

Eran unas condiciones durísimas, pero me compensaban, ya que podía trabajar estando en contacto con la naturaleza.